

Gladiadores: honor y sangre en la arena

Historia.
Desiderio
Vaquerizo
publica un
estudio
sobre los
luchadores
romanos

MANUEL PECELLÍN



Quién no se emociona cuando escucha al gladiador victorioso revelar su identidad en la arena del coliseo ante un público entusiasta? «Me llamo Máximo Décimo Meridio, comandante de los Ejércitos del Norte...» hace decir Ridley Scott a Russell Crowe, el luchador de origen hispano, zaherido por la mala suerte y las ignominias del emperador Cómodo, contra quien busca y consigue vengarse. Si el prototipo encarnado por el actor neozelandés no responde a ningún personaje histórico, el film original y sus siguientes versiones reflejan de modo aproximado la vida de aquellos luchadores que 'pro pane lucrando' (y algo más: dinero, honor, fama) la arriesgaban sistemáticamente (muchos cientos de miles, cuya su edad media no alcanzaba los treinta años) ante colegas a veces amigos) para divertir al pueblo según las disposiciones de la alta política imperial ('panem et circenses').

Quien busque ilustración sobre aquel fenómeno de masas, que durante siglos floreció en todos los rincones del mundo latino, la encontrará en la obra reseñada, excelente combinación de rigurosidad científica y calidad literaria (nada nuevo



Russell Crowe en una escena de la primera película de Gladiator. **HOY**

en los estudios y novelas de su autor).

Nacido en Herrera del Duque (1959), Desiderio Vaquerizo es catedrático de Arqueología en la Universidad de Córdoba. Para componer este estudio, ha contado con la rica base bibliográfica que recoge el oportuno apéndice (se ha enriquecido sustancialmente durante las últimas décadas, fruto del interés que el tema provoca) y los resultados de sus propias excavaciones. Estos son de máxima relevancia en la parte segunda del libro, dedicada a los gladiadores de la Colonia Patricia cordubense, (recordemos que también ha publicado una voluminosa 'Guía arqueológica de Córdoba' (2003) y 'Córdoba romana, La ciudad oculta' (2024).

Las doscientas páginas primeras de ésta establecen los rasgos fundamentales de los juegos gladiatorios, desde su aparición en tiempos de la República, hasta su decaimiento a partir del s. III (por influencia del cristianismo, las crisis económicas, el abandono de las ciudades hacia el campo, la decadencia del poder imperial...). De máximo interés figuran los datos y análisis sobre el origen social de los gladiadores (esclavos, exsoldados, hombres libres), quizás con presencia femenina algunas veces y grupos homosexuales; los orígenes en el modelo militar; la vida, entrenamientos y cuidados en los 'ludi' específicos; el extraordinario soporte económico de

los diferentes espectáculos, que podían durar muchas jornadas consecutivas; el desarrollo de los mismos, según las armaduras manejadas y las condiciones de la lucha (no siempre con desenlace fatal); en fin, la proyección sociopolítica y cultural de aquel extraordinario medio para entretener y sosegar a los pueblos, expandiendo la romanización a los territorios conquistados por las legiones.

La parte segunda, también adornada con generosas ilustraciones, sitúa al lector en torno al anfiteatro cordobés, cuya pésima conservación se denuncia, tan esplendoroso un día; convertido en cantera más tarde; solares después; hoy «puro



**GLADIADORES. LOS
SOLDADOS DE LA ARENA.**
COLONIA PATRICIA CORDUBA
Desiderio Vaquerizo
Córdoba, Almuzara, 2026.

criadero de jaramagos» (pág.298. Merced sobre todo a los descubrimientos epigráficos e imágenes sobre lápidas, lucernas, armas, bronce y otros objetos localizados, Vaquerizo identifica y da a conocer una larga veintena de gladiadores allí atrapados por la muerte, algunos tras amplio curriculum. Lo hace sin omitir el contexto histórico y las circunstancias más influyentes. Señalemos que aquellos espectáculos movilizaban no solamente a sus protagonistas principales ('infames', por recibir dinero y, no obstante, auténticos ídolos para quienes reconocían el valor, la fuerza, las habilidades y otras virtudes que derrochaban en los enfrentamientos).

Tan magnos certámenes, donde durante días, muchos a veces se concentraban multitudes que divertir y alimentar, movilizaron conjuntamente a organizadores (oficiales o 'evergetes'), lanistas, entrenadores, armeros, médicos, músicos, árbitros, vigilantes, limpiadores..., muchos millares de personas (entre las que podían coexistir mujeres e hijos de los 'morituri').

Un libro que ilustra como un tratado científico y se lee con el gusto de las mejores novelas históricas.

Gente al fondo

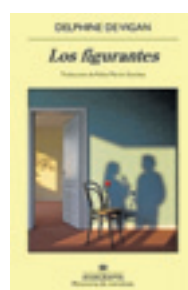
Delphine de Vigan
debuta en el teatro
con una pieza breve
y llena de ingenio
sobre un grupo
de actores invisibles

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Delphine de Vigan debutará en la escritura teatral inmiscuyéndose en las interioridades de un rodaje cinematográfico. Lo hace para seguir a un grupo de actores invisibles: los figu-

rantes llamados a constituir –alguno de ellos explica así su trabajo– parte del decorado. La autora francesa compone con esta premisa una pieza breve llena de ingenio e intención. Todo comienza con un personaje llamado 'el superayudante' entrando en escena con su walkie-talkie y pidiéndoles a los espectadores del teatro que guarden silencio. A continuación, les explica la escena que se disponen a rodar. Ellos deben hacer como que son los espectadores de una función de teatro.

A partir de ahí, la acción se traslada al interior del rodaje y conocemos



LOS FIGURANTES
Delphine de Vigan

Trad: Pablo Martín Sánchez
Ed: Anagrama
108 páginas
18, 90 euros (10,99)

a cinco figurantes habituales que mantienen conversaciones que van de lo trivial a lo personal mientras es-

peran a que les entreguen el vestuario, les indiquen qué deben hacer o les anuncien la filmación de una escena que no deja de retrasarse. Su jerarquía en la estructura del rodaje es mínima –ni el 'gran director' ni el 'gran actor' o la 'gran actriz' llegan a interactuar con ellos, aunque sí escuchan sus voces– y su papel consiste en estar presentes pero no llamar la atención. Si el formato teatral es novedoso en la trayectoria de De Vigan, no lo es el fondo de un texto que gira sobre asuntos habituales en su obra como la alienación y la identidad. No parece casual que la autora sitúe a sus figurantes participando en un proyecto presidido por un nombre propio. «¿Quién es el título de la película?», preguntan de un modo rutinario los actores que interpretan a personajes sin nombre.

La pregunta es al tiempo absurda y significativa. Marca el tono de una pieza que oscila entre el humor y la tesis mientras los encargados del rodaje irrumpen desquiciados y colocan a los figurantes aquí y allá, como si fuesen mercancía. Si la constante espera de los protagonistas, sus conversaciones triviales y sus ambiciones mínimas hacen pensar en Beckett, la intención de la autora se muestra en cambio diáfana: consiste en elevar la mecánica de rodaje de una película a la categoría de metáfora del funcionamiento social, donde la inmensa mayoría hace bulto para que unos pocos acaparen los focos. Sin necesidad de levantar la voz ni de subrayar su tesis, De Vigan consigue una miniatura bien medida y llena de significado.